

UN LIBRO DE DESCUBRIMIENTO DE AB



**STEVEN VA A LA
GUARDERÍA**

TERRY MASTERS

La Sra. Crawford no entendía qué le había pasado a su hijo Steven, de diecisiete años. Unos meses atrás, lo había sorprendido usando uno de los pañales de su hermanito. Esperaba corregir su extraño comportamiento vistiéndolo y tratándolo como a un bebé el resto del día, y creía haberlo avergonzado por su deseo de usar los pañales de su hermano. Desde entonces, sin embargo, habían estado ocurriendo cosas muy extrañas.

Por ejemplo, hace unas semanas encontró cinco pañales mojados en el cubo de pañales de su bebé Billy, sabiendo que solo lo había cambiado tres veces ese día. Además, Billy nunca parecía tener suficientes calzoncillos de plástico limpios, ni siquiera después de lavarle toda la ropa. Ayer fue a buscar un pañal desechable limpio a la caja de la habitación del bebé y estaba vacío, aunque estaba segura de que deberían quedar dos o tres.

La conclusión parecía obvia. Su hijo Steven volvía a robar la ropa de su hermano pequeño de la guardería y se la ponía. Lo que no era tan obvio era qué debía hacer al respecto. Mañana empezaría su nuevo trabajo como contable en una agencia de seguros. Sus dos hijas mayores pasarían el verano con sus abuelos y, después de llevar a Billy a la guardería, enviaría a Steven a un campamento de verano. Con su nuevo trabajo y el cuidado de Billy, de dos años, simplemente no tenía tiempo para ocuparse también de un bebé de diecisiete años.

Por fin, se le ocurrió una idea para resolver su problema. Ya que Steven estaba decidido a usar pañales como su hermanito, ¿por qué no enviarlo a la guardería con Billy? Así podría portarse como un bebé todo lo que quisiera.

Esa misma tarde, la Sra. Crawford llamó a la guardería Wee Ones y le explicó a la encargada, la Sra. Smith, el problema de su hijo. Se hicieron arreglos para que Steven se quedara en la guardería y recibiera cuidados como los demás niños pequeños. Ella le ocultó sus intenciones a Steven y sabía que se llevaría una gran

sorpresa por la mañana.

A la mañana siguiente, Steven se despertó muy temprano, como siempre. Acostado en la cama, metió la mano bajo las sábanas y empezó a frotar el suave pañal de algodón que se había puesto con un alfiler antes de dormir la noche anterior. Mientras se acariciaba la suave tela entre las piernas, pensó en ir al campamento de verano ese día y en cuánto iba a extrañar usar los pañales de su hermano para dormir durante todo el verano. No sabía por qué le encantaba ponerse los pañales. Simplemente sabía que le encantaba y que no podía evitarlo.

Su madre y sus hermanas no podían comprender su comportamiento y después de la humillación a la que fue sometido la primera vez que lo atraparon con pañales, supo que tenía que mantener en secreto su actividad especial.

Como esta sería su última oportunidad de usar pañal ese verano, decidió darse un capricho y mojarse en él. Sabía que podría meterlo a escondidas en el cubo de pañales de su hermano pequeño más tarde y nadie se daría cuenta.

Metió la mano debajo del colchón y sacó unas braguitas de plástico de su hermanito que guardaba allí escondidas precisamente para eso. Mientras se subía las braguitas impermeables por los pies y las piernas, se imaginó que era un niño pequeño acostado en su cuna, al que le cambiaban el pañal por la mañana. Una vez puestas las braguitas, se recostó y se relajó por completo. Pronto sintió el calor familiar fluir de entre sus piernas y extenderse por delante y por detrás del pañal. Estaba en el cielo, acostado allí con sus braguitas empapadas, y una vez más deseó que su madre y sus hermanas pudieran aceptar sus anhelos infantiles.

De repente, y sin previo aviso, su madre entró en su habitación. Steven no la había oído levantarse temprano ni vestirse. Al instante, se subió la manta hasta la barbilla y pensó con furia en cómo iba a salir de aquel lío. Quitándole la manta a su hijo, su madre simplemente comentó: «Vamos a ponerte un pañal seco antes de irnos».

Steven va a la guardería

¡Steven apenas podía creer lo que oía! Su madre no solo no se sorprendió de su estado infantil, sino que ni siquiera parecía enfadada con él. Mientras yacía allí, confundido, su madre le cambió rápida y eficazmente un pañal seco y unos calzoncillos de plástico limpios. Steven pensó que lo castigaría obligándolo a usar el pañal hasta la hora de prepararse para ir al autobús al campamento.

Pero después del desayuno, terminó de vestirlo sin quitarle la ropa de bebé. Él empezó a llorar porque pensó que lo iba a mandar al campamento en pañales y que, al verlo, todos sus amigos se reirían y se burlarían de él.

—Lo siento, Steven —dijo su madre—. Pero no puedo enviar a un niño pequeño que todavía usa pañales solo al campamento de verano. He decidido que, como insistes en ser un bebé y como tengo que trabajar durante el día y no puedo cuidarlos a ti y a Billy, ambos tendrán que pasar el día en la guardería.

“¡Pero soy demasiado grande para la guardería!”, gritó.

“También eres demasiado grande para llevar y mojar el pañal de tu hermano”, insistió mientras salían de la casa.

De camino a la guardería, Steven le rogó y le suplicó a su madre, pero nada de lo que dijo surtió efecto. Seguía llorando cuando finalmente llegaron a la guardería Wee Ones.

Era un gran edificio de ladrillo con un amplio patio trasero cercado. La casa de dos plantas estaba dividida en la planta superior: un jardín de infantes y un preescolar, y la planta baja, una guardería para bebés y niños pequeños. Bajaron un tramo de escaleras y entraron en el frenético caos de la guardería. Era una habitación grande, luminosa y alegre, llena de juguetes, peluches y una docena de niños pequeños de entre 12 meses y 2 o 3 años. A lo largo de las paredes había siete u ocho cunas pintadas de blanco y colores pastel. Cuatro mujeres atendían a los pequeños y les costaba mucho mantenerlos bajo control. La habitación olía ligeramente a talco para bebés y era bastante ruidosa.

Una de las mujeres se acercó, saludó a la Sra. Crawford y se

Steven va a la guardería

presentó como la Sra. Smith, encargada del personal de la guardería. La madre de Steven, a su vez, presentó a su hermanito Billy y luego se volvió hacia él.

"Este es mi otro hijito, Stevie. Estaba muy emocionado de venir hoy, y estoy segura de que mis dos pequeños disfrutarán mucho de su estancia, ¿verdad, Steven?", preguntó. Él solo pudo asentir con la cabeza.

Le he explicado todo a la Sra. Smith sobre ti y le he pedido que te trate igual que a los demás pequeños. Pero si me dice que no te has portado bien ni has sido un buen niño, te daré una buena zurra cuando lleguemos a casa, ¿entiendes? —preguntó su madre.

—Sí, mami —murmuró.

"Estoy segura de que Steven va a ser el bebé más dulce que jamás hayamos cuidado", dijo la Sra. Smith con alegría. Billy se había alejado a jugar con algunos peluches. La Sra. Crawford regresó al coche y regresó un momento después con una pañalera grande.

"Espero que estos pañales sean suficientes para los dos, no estaba segura de cuántos necesitará el bebé Stevie", explicó.

"No te preocupes, tenemos bastantes para usar si es necesario", le aseguró la Sra. Smith. Después de despedirse de sus dos hijos con un beso, la madre de Steven finalmente salió corriendo a trabajar.

¿Y ahora qué se supone que debo hacer?, pensó para sí.

De repente, la señora Smith lo levantó y lo sostuvo como si realmente fuera un bebé.

"Por favor, no te sientas avergonzado, Stevie", dijo mientras lo llevaba a la habitación. "No eres el primer bebé mayor que hemos cuidado. ¡Una vez tuvimos una chica de diecinueve años que estuvo con nosotros todo un año!" Lo acostó en una de las cunas que cubrían la pared y empezó a quitarle los pantalones por encima de los zapatos. "Como hace tanto calor, no creo que necesites estos pantalones, ¿verdad?"

Steven va a la guardería

Ahora estaba de verdad avergonzado porque su madre le había puesto unos calzoncillos de plástico especialmente infantiles. Eran blancos con caballitos de madera y ositos de peluche rosas, amarillos y azules. "No te avergüences", dijo al ver su expresión. "Te ves precioso, y además, todos los demás niños están vestidos igual que tú. Recuerda que ahora no puedes entrar al baño. Cuando necesites que te cambien el pañal, dímelo a mí o a alguna de las otras mujeres y te atenderemos".

Steven empezaba a apreciar a la Sra. Smith, sobre todo la atención que le brindaba. Su madre ya no parecía tener tiempo para abrazarlo ni para hablarle. La Sra. Smith era amable y sonreía mucho. Lo levantó de nuevo y lo puso en el suelo.

"¡Ahora ve y diviértete!" dijo mientras le daba una palmadita en su trasero acolchado.

Steven había estado temiendo este momento. Ahora todos los demás niños lo verían con pañal y bragas y se reirían o burlarían de él. ¡De repente se dio cuenta de que nadie se reía ni lo miraba! Los demás niños ni siquiera lo miraban y parecía que no les importaba lo que llevaba puesto. De hecho, todos los demás niños llevaban pañales igual que él y parecían aceptarlo como un niño más. Se sentó en el suelo, cogió un perrito de peluche con orejas grandes y caídas y empezó a jugar con él.

¡Qué bien!, pensó. Ahora sí que puedo volver a ser un bebé y mamá y mis viejas tontas no estarán para hacerme sentir mal. Si tengo que usar pañales y quedarme en la habitación con los demás bebés, me relajaré y me portaré bien.

Una niña gateó y se sentó a su lado. Tenía unos dos años y llevaba un vestido rosa corto y un juguete desechable. "¡Mi perrito!", exclamó, y tomó su juguete.

Se lo entregó, y ella le sonrió y dijo: "¡Gracias!". Steven echó la cabeza hacia atrás y se rió. La niña miró su pañal y sus calzoncillos y preguntó: "¿Neneee ?".

Steven asintió con la cabeza y la niña le sonrió y se alejó

Steven va a la guardería

arrastrándose con el cachorro fuertemente abrazado en sus brazos.

Gatear parece divertido , pensó. Se puso a gatas y empezó a gatear hacia la caja de juguetes. Gatear era genial porque el pañal le rozaba el trasero y entre las piernas, y a Steven le encantaba. Mejor aún, nadie se rió ni se burló de él por gatear; las cuidadoras simplemente lo miraron y sonrieron. En la caja de juguetes , encontró unos bloques de madera del abecedario, los sacó y jugó con ellos un rato.

Al poco rato sintió ganas de orinarse. Para entonces, estaba tan relajado y sin miedo que empapó el pañal sin sentirse nada cohibido ni culpable. Se lo estaba pasando tan bien que no se molestó en decirle a la Sra. Smith ni a las otras mujeres que necesitaba que lo cambiaran. Finalmente, una de las otras mujeres se acercó y metió el dedo por la banda de sus bragas.

Mientras lo levantaba, le sonrió y le dijo: "¡Vamos a ponerte unos pañales secos antes de que tus pantalones empiecen a gotear!"

Steven le devolvió la sonrisa mientras lo acostaba en la cuna. Levantó las piernas y empezó a patallar y retorcerse como había visto a su hermanito durante el cambio de pañal. La mujer le sonrió y le dio unas palmaditas en la cabeza mientras le quitaba los pantalones. Luego lo desabrochó y le sacó la franela mojada de debajo del trasero.

Para entonces, Steven había retrocedido tanto que ni siquiera le daba vergüenza que una desconocida lo viera completamente desnudo. Después, le rociaron talco aromático para bebés. Le encantaba el olor y, mientras se lo frotaban suavemente en la piel, aspiró su delicioso aroma. La amable señora lo levantó con cuidado por los tobillos, le puso otro pañal suave y seco debajo y lo volvió a acostar. Le encantaba la sensación esponjosa del algodón mientras lo subían entre sus piernas y lo sujetaban firmemente en cada cadera con alfileres de punta rosa.

De nuevo, lo levantaron y le pusieron unos pantalones Gerber con cierre a presión . Después de subirlos entre sus muslos y

Steven va a la guardería

abrocharlos, la Sra. Smith se acercó a su cuna y le preguntó a su cuidadora: "¿Cómo está nuestro bebé, Linda?".

"¿Cómo no podrías pedir un niño más simpático?", respondió Linda, sonriéndole. "Quizás me lo lleve a casa esta noche". Le frotó la barriga y Steven gorjeó y arrulló de alegría.

—Déjame llevarlo y prepararlo para su siesta —dijo la Sra. Smith—. Quiero sostener yo misma a un bebé tan precioso.

Cuando ella lo levantó y lo abrazó, Steven se sintió completamente seguro y contento. Su madre ya no lo sostenía así y extrañaba mucho que lo abrazaran. Apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió realmente feliz .

La Sra. Smith lo llevó a una pequeña habitación junto a la habitación principal. En el centro de la habitación había una mecedora grande y mullida y junto a ella una mesa. Sobre la mesa había un calentabiberones con un biberón de leche. La Sra. Smith se sentó en la mecedora con Steven y cubrió a su bebé con una manta grande y afelpada.

Se acercó al calentabiberones y lo cogió, acercando la tetina a los labios del niño. "Stevie, cariño", dijo en voz baja. "Hola, niñoito". Steven abrió los ojos, soñoliento, y vio el biberón delante de él. Al cabo de un rato, se llevó la tetina a la boca y empezó a mamar lentamente. "Steven, ¿sabes qué es un psicólogo?", le preguntó con dulzura. Steven negó con la cabeza y siguió mamando del biberón que ella le ofrecía.

Bueno, son una especie de médicos que ayudan a las personas con sus problemas . Un psicólogo infantil es un médico que ayuda a niños y niñas con sus problemas. Yo soy un psicólogo infantil que ayuda a los niños pequeños que necesitan volver a ser bebés para crecer y ser felices.

"¿Como yo?" preguntó Steven adormilado.

Ella le besó en la frente y le dijo: "Sí, igual que tú".

Steven puso cara de preocupación. "¿Soy un niño malo por

Steven va a la guardería
querer ponerle los pañales a Billy?", preguntó con miedo.

¡Claro que no eres un niño malo! Eres un niño precioso que necesita mucho amor y atención. Acabo de hablar con tu madre por teléfono y hemos arreglado que vengas a vivir con mi marido y conmigo una temporada. Tenemos una casa enorme y otros tres niños como tú, a quienes estamos ayudando a criar.

“¿Son bebés como yo?”, preguntó.

Así eran cuando llegaron a vivir con nosotros, y les volví a poner pañales y los cuidé como te voy a cuidar a ti. Ahora están más grandes y casi listos para volver con sus verdaderos padres.

“¿Seré tu pequeño bebé ahora?” preguntó esperanzado.

Sí, y puedes ser un bebé todo el día y toda la noche, y nadie se reirá ni se burlará de ti por eso. ¿Te gustaría venir a vivir con nosotros una temporada? Sé que a mi esposo Don y a nuestros hijos les encantaría tener una bebé tan dulce como tú para cuidar.

Steven pensó por un momento y luego preguntó: "¿Puedo quedarme todo el tiempo que quiera?"

La señora Smith le sonrió y le dijo: “Puedes quedarte todo el tiempo que nos necesites y puedes seguir siendo un bebé hasta que te sientas feliz de ser un niño grande”.

Steven pensó en su madre, que ya nunca lo sostenía en brazos. Pensó en sus hermanas, que siempre se burlaban de él. Pensó en su padre, que había fallecido antes de que Steven siquiera lo conociera. Entonces se acurrucó más cerca de su nueva mamá y sintió sus cálidos brazos cariñosos a su alrededor. Dijo simplemente: «Está bien», mientras se quedaba dormido.

Acababa de nacer un nuevo bebé.

El fin

Para más historias de ABDL, visita www.abdiscovery.com.au